

LA NACION

17 de noviembre de 1984

" Lograda realización de una pieza esquemática "

Sábado 17 de noviembre de 1984

LA NACION

Lograda realización de una pieza esquemática

"La mueca", de Eduardo Pavlovsky. Dirección y escenografía: Raúl Mereñuk. Iluminación: José Lo Cascio. Sonido: Hugo Ricchetti. Música: Alberto Wang. Vestuario: Lúcia Drago. Maquillaje: Alejandra Simón. Intérpretes: Osvaldo Aldama, Amparo Amat, Rodolfo Lemmi, Víctor Momi, Mariano Podolsky y Alejandro Polledo. En el Teatro Payró.

Ya en "Somos" (1962), Pavlovsky se preocupó por la mercantilización del amor. Años más tarde, en "La espera trágica", se explayó acerca del sufrimiento, y en "El robot" (1966), uno de los personajes se preguntaba: "¿Tal vez el hombre necesite destruirse para empezar de nuevo?". Fiel a su visión del mundo, el autor de "El señor Galindez" buscó nuevas formas expresivas en "La cacería" (1969), en "Macht" (1970) y en "La mueca".

Cuando se estrenó esta pieza, en 1971, muchos vieron en ella el cuestionamiento a la hipocresía de un grupo social empeñado en disimular sus falencias. El paso del tiempo, no obstante, poco favoreció el texto. Hoy hallamos en "La mueca" una cuota generosa de hueca perorata, de lugares comunes, de esquematismo. Pavlovsky habla de las relaciones matrimoniales, del fervor por trepar en la escala social, de los seudo intelectuales y de la homosexualidad.

El autor pretende enjuiciar a una clase social sin percibir que los conflictos y las dificultades más profundas de los seres humanos no pueden —ni de-

ben— enmarcarse en compartimientos estancos.

El gerente de una empresa, como ocurre en la obra, puede ser tan adúltero como el obrero de una fábrica metalúrgica y las fantasías eróticas de los ricos difícilmente sean muy diferentes a las de los pobres.

La realización

Lo mejor de "La mueca" es el despiadado e increíble cuarteto que irrumpe en escena con modales poco recomendables. La violencia, tema que Pavlovsky desarrolló con vehemencia en "El señor Galindez" y en "El señor Laforgue", surge aquí a través de personajes bien estructurados.

Los méritos pertenecen, en buena medida, a la dirección de Raúl Mereñuk y a las buenas interpretaciones de un elenco homogéneo en calidad. También el vestuario, donde predominan los colores fuertes; la iluminación, útil para delimitar espacios y generar distintos climas; la escenografía, desprovista de todo lo innecesario, y la música, expresiva y contundente, suman logros a esta realización.

El equipo consiguió instalar sobre el escenario del Payró un universo que se impone por su fuerza evocativa. Por momentos alcanzó la proeza de disimular las falencias del texto. Y esto no es poco.

Osvaldo Quiroga
(c) LA NACION